

LA IGLESIA ANTE LAS ELECCIONES

Jon Sobrino

La Iglesia es una importante fuerza social en el país, cuya presencia se hace sentir, de una u otra forma, en las coyunturas políticas significativas. En este trabajo queremos analizar cómo ha estado presente la Iglesia en las elecciones, para lo cual hay que considerar 1) la posición y actitud de diversos estamentos eclesiales ante las elecciones, 2) el influjo que esas posiciones y actitudes hayan podido tener en la valoración de las elecciones en sí mismas y en sus resultados concretos, y 3) la previsible reacción de la Iglesia después de ellas.

1. La posición de la Iglesia ante las elecciones

1.1. La posición de la jerarquía

La postura más significativa, coherente e influyente es la representada por Mons. Rivera, postura apoyada por el Vaticano, por importantes conferencias episcopales —como la de Estados Unidos y Canadá e importantes obispos alemanes— y también en lo sustancial por la Conferencia Episcopal de El Salvador (CEDES), aunque los diversos obispos salvadoreños posean sus propias y diferentes visiones sobre la situación salvadoreña y sus soluciones.¹

a) Para comprender la postura de la jerarquía ante las elecciones hay que considerar la visión global sobre la coyuntura del país, sus causas y sus soluciones. Dicho de forma sucinta, y tal como lo ha ido exponiendo Mons. Rivera, esta visión sería la siguiente.

La Iglesia quiere decididamente que se termine la guerra con sus secuelas acompañantes de represión, destrucción y deshumanización, que se termine cuanto antes, y que se termine por medios pacíficos, pues una solución militar —además de no verla viable a corto plazo por ninguno de los dos lados— alargaría y agravaría el sufrimiento de la población y, terminada la guerra militarmente, radicalizaría la polarización social.

La Iglesia desea que se superen las raíces de la actual guerra. En primer lugar y en directo, la secular injusticia socio-económica, lo cual ha afirmado claramente; y en segundo lugar, la represión propiciada por el ejército, cuerpos de seguridad y escuadrones de la muerte, la cual ha condenado claramente en su factividad, aunque sólo indirectamente haya aludido a su consecuencia lógica: la configuración nueva del estamento militar.

Cualquier solución para el país implica por lo tanto cambios radicales en lo socio-económico y capacidad de control del estamento militar. La Iglesia no ha visto esos cambios ni esa capacidad ni en los gobiernos surgidos del golpe de Estado de octubre de 1979 ni en el surgido de las elecciones de 1982. Por otra parte, tampoco desea un triunfo absoluto del FMLN-FDR, aunque no lo condene maniqueamente, comprenda su origen y objetivos, y acepte que buena parte de su radicalismo es necesario, por miedo a su posible totalitarismo.

La actitud general de la Iglesia, por ser consciente de los condicionamientos objetivos y geopolíticos y por el deseo de una solución rápida, es más ético-política que puramente profética. En este contexto, evitando referencias explícitas al papel determinante de Estados Unidos, exige que su inevitable presencia en el área sea de ayuda y no de dominación.²

De todo esto se desprende lo que la Iglesia claramente sabe y quiere y aquello por lo que trabaja: el fin de la guerra, la represión y la destrucción, aunque no queda claro lo que sabe y quiere como solución más definitiva para el país. Desde ahí hay que analizar su postura sobre las elecciones y sobre el diálogo, como medida alternativa o complementaria. En general, se puede decir también que su visión de las elecciones y el diálogo está guiada primariamente por lo bueno que de ello pudiera surgir para el país más que para la misma Iglesia, aunque queda en el transfondo el deseo de una solución beneficiosa también para la Iglesia.

b) En conjunto se puede decir que la Iglesia se ha mostrado mucho más cauta y con mucho menor entusiasmo ante las elecciones de 1984 que ante las de 1982. En aquella ocasión la CEDES las juzgó muy positivamente; animó a los católicos e incluso los obligó en conciencia a ir a votar, aunque Mons. Rivera se mostrara ya entonces mucho más cauto.

Ante las elecciones de 1984 la CEDES ha emitido el 14 de marzo, un comunicado (véase la documentación) mucho más ponderado, el cual objetivamente rezuma más desconfianza que entusiasmo. En él dicen los obispos que las elecciones son buenas en sí mismas y que esperan que el pueblo cumpla con su deber ciudadano. Pero, supuestas estas afirmaciones rutinarias, añaden que elecciones ha habido en el país durante cincuenta años y éstas no han conseguido la democratización real "que se manifiesta en la vida de todos los días de ese pueblo: en el respeto a su vida, en la participación (libre de temores) en la vida pública, en el derecho efectivo a su organización política y laboral, en la realización de una vida digna del ser humano;" en otras palabras, las elecciones no han conseguido en este país la democracia real. Y esto lo afirman también de las elecciones de 1982, pues "la paz tan ansiada no llegó," porque ésta no puede conseguirse sin justicia, verdad, libertad y respeto absoluto de unos a otros. Llegan a insinuar incluso que ni siquiera los resultados de las elecciones fueron res-

petados, y terminan con la repetida tesis del diálogo como instrumento para conseguir la paz y del que deben hacer uso los nuevos gobernantes.

El diálogo, en efecto, ha sido el tema fundamental de las dos declaraciones más importantes de la CEDES entre ambas elecciones. En un mensaje del 15 de julio de 1982 afirman los obispos: "exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero, claro, leal, animado de buena voluntad." Y en el mensaje sobre la paz del 2 de febrero de 1984, a escasas ocho semanas de las elecciones, vuelven a insistir en que "el verdadero diálogo es, no sólo la única solución posible, sino sobre todo, la única solución humana y cristiana."

En estos dos mensajes programáticos la CEDES no ha mencionado las elecciones, a pesar de que estaban ya anunciadas y glorificadas por Estados Unidos, por el gobierno, la Fuerza Armada y los partidos políticos de El Salvador. Tampoco en esos mensajes han considerado los obispos lo que pudiera ser la solución definitiva para el país; pero al buscar al menos una salida al conflicto han dado preferencia al diálogo sobre las elecciones.

c) Este cambio de actitud de la CEDES se debe en parte al honrado reconocimiento de que de nada sirvieron las elecciones de 1982; pero se *debe también sin duda a la postura de Juan Pablo II* para El Salvador. En tres ocasiones importantes se ha dirigido el Papa a los problemas del país: en su carta a los obispos salvadoreños del 6 de agosto de 1982, en su visita al país el 6 de marzo de 1983 y en su discurso a los obispos salvadoreños en Roma el 24 de febrero de 1984.

En las tres ocasiones Juan Pablo II ha mostrado conocimiento de la trágica situación del país y de sus causas, "la injusticia social" (6.8.82). No ha ofrecido, obviamente, mecanismos concretos de solución. Sin embargo, nunca se ha referido a las elecciones como el mecanismo o primer paso fundamental. Cuando el presidente Magaña las anunció en su presencia el 6 de marzo de 1983, Juan Pablo II contestó cortésmente haciendo votos para que tuvieran éxito las "medidas anunciadas." Pero ni las explicitó ni las propagandizó, sino que añadió "y todos los demás medios adecuados," con lo que se refería al diálogo, tema recurrente al hablar de El Salvador.



En efecto, ha hablado de “reconciliación... entre hermanos que empuñan las armas” (6.8.82), de que “nadie debe ser excluido del diálogo por la paz” (6.3.83), de “la activa concordia entre los salvadoreños” (24.2.84). Con estas frases no sólo ha favorecido el diálogo como mecanismo de solución, sino que ha aducido el presupuesto de su posibilidad y necesidad, pues son “hermanos” los que luchan; y ha concedido que la izquierda desea lo que es necesario y bueno para el país —aunque el Papa no acepte la metodología de la violencia—, “conseguir un nuevo orden social” (6.8.82).

Estas afirmaciones de Juan Pablo II son ciertamente genéricas, pero suficientemente claras por lo que toca al modo de terminar el actual conflicto. Mons. Rivera las ha reinterpretado como respaldo a su propia postura sobre el diálogo (15.8.82). Por otra parte, el silencio de Estados Unidos, del gobierno y de la Fuerza Armada de El Salvador, tan proclives a utilizar las afirmaciones papales en su favor, muestran que en este punto no han podido hacerlo, que Juan Pablo II es más bien un símbolo de diálogo que de las propagandizadas elecciones.

d) *Mons. Rivera* es quien en más detalle ha analizado las elecciones y tomado postura ante ellas. Su postura fundamental ha sido de desconfianza y reserva, y —dado el hecho de las elecciones— de expectativa esperanzada de que los nuevos gobiernos lleven a cabo el necesario diálogo.

Su desconfianza se basa en razones *a priori* y en constataciones *a posteriori*. *A priori* dijo ya en 1981 que “elecciones y guerra son problemas distintos” (6.12.81), con lo cual expresó la inadecuación objetiva entre el problema coyuntural más grave y las elecciones, y sugirió —como de hecho lo ha ido haciendo periódicamente en sus homilias— que la verdad más fundamental del país se descubre observando cómo va la guerra y no cómo van las elecciones. Eso no quita que las elecciones descubran cosas importantes del país a tener en cuenta; y así ha mostrado su admiración por el número y decisión de los salvadoreños que han ido a las urnas en 1982 y 1984. Pero recuerda que la guerra es el hecho básico para juzgar sobre el país y no las elecciones.

La inadecuación objetiva entre guerra y elecciones significa que se debe probar y no presuponer que las elecciones son solución a la guerra. Expresado en forma de expectativa —recurso habitual en Mons. Rivera— así formuló la necesidad de verificar que las elecciones son solución. Las elecciones serían positivas “si la futura constituyente, expresión, esperamos, de la mayor parte del pueblo, se convierte en una fuerza jurídica capaz de buscar e imponer al sangriento conflicto la solución política y jurídica más que simplemente militar, fuerza capaz de llamar al diálogo y a las vías de racionalidad” (21.2.82).

Después de las elecciones de 1982 Mons. Rivera constató su vaciedad e inutilidad; y no sólo por lo que hubo de fraude, ante lo cual no tomó postura, ni porque en último término tampoco se respetaron sus resultados, ante lo cual sí afirmó que el presidente del país fue elegido “con ayuda de padrinos” (2.5.82), es decir, por imposición de Estados Unidos, sino porque de nada sirvieron para solucionar los problemas más graves del país, porque los agrandaron y porque se desprestigiaba de nuevo una solución política.

Esta constatación *a posteriori* explica la postura de Mons. Rivera ante las elecciones de 1984. En momentos importantes ha recordado la inutilidad de las pasadas y ante la inminencia de las actuales se ha mostrado sumamente reservado. Al hacer el balance de 1982 dijo: “Ciertamente la política, no obstante la legitimidad de las elecciones, no ha cumplido con el verdadero objetivo y finalidad de toda política que es el de ordenar todas las cosas hacia el bien común. Más bien parece que el bien del pueblo ha quedado en segundo plano para proseguir fines personalistas o fi-

nes de partido. El diálogo llamado interpartidario, que pudo tener alcances más significativos, se convirtió en una lucha competitiva por puestos claves que dieran a su partido hegemonía, pero no para el bien común, sino más bien para el bien de los patrocinadores de esos partidos" (2.1.83).

En los meses anteriores a las elecciones de 1984 Mons. Rivera ha silenciado más que propagandizado las elecciones y ha denunciado más que alabado la campaña electoral. En la primera homilía del año, al analizar una vez más la grave situación del país, para nada mencionó las elecciones ya próximas entonces, aunque sí repitió la necesidad del diálogo (1.1.84). Por lo que toca a la campaña electoral, acusó a los partidos de no tocar a fondo los verdaderos problemas del país (5.2.84), además de quejarse de la forma poco civilizada, insultante y exacerbante de llevarla a cabo (11.3.84). En las dos fechas en que se han celebrado elecciones Mons. Rivera no predicó la homilía dominical en Catedral; de lo cual se concluye al menos que no ha tenido la intención de realizarlas.

e) Sobre el significado de los dos días de elecciones y sus resultados, la Iglesia ha evitado cuidadosamente pronunciarse. En las homilias entre ambas elecciones Mons. Rivera se mostró pesimista más que exultante. Lo que más destacó fue la violencia continuada y la violencia específica que las mismas elecciones generaban: violencia para que el pueblo fuese o no a votar, violencia en forma de amenaza contra miembros de un determinado partido y del Consejo Central de Elecciones, violencia en aumento de los escuadrones de la muerte, violencia que se ha desatado en el descontrol del ejército (8 y 15.4.84). Aun en plena época de elecciones, ha resaltado más la violencia que las elecciones, ha visto la realidad del país más en función de aquella que de éstas. Su conclusión ha sido que "se presentan densos nubarrones" y que "si tal es la víspera cómo será la fiesta" (8.4.84).

En la homilía del 6 de mayo Mons. Rosa volvió a insistir, en un estudiado párrafo, en aquello que legitimaría las elecciones: "En mi opinión, el nuevo presidente de El Salvador y su equipo de gobierno, tienen que asumir entre sus tareas prioritarias, las siguientes: la reconciliación entre todos los salvadoreños, ahora tan divididos; el respeto a la vida, incluso de los adversarios; y la finalización de la guerra, dando prioridad a los medios políticos. Esto supone una actitud serena y positiva, que excluya toda pasión empeñada en destruir a los supuestos enemigos. Supone también un esfuerzo supremo por erradicar definitivamente los abominables escuadrones de la muerte. Supone, finalmente, una disposición de verdadero diálogo —que de ningún modo equivale a capitulación— con los salvadoreños alzados en armas" (6.5.84).

En la homilía del 13 de mayo, conocidos ya los resultados, Mons. Rivera se limitó a comentar, a manera de glosa, algunas de las cosas ocurridas alrededor de las elecciones. Así alabó la vocación democrática del pueblo y el trabajo del consejo central, condenó los métodos del partido perdedor de las elecciones en el departamento de Cuscatlán y exhortó a que se aceptaran con honradez los resultados y a que los perdedores adoptaran una actitud democrática. Sobre el significado de las elecciones para el país y sobre el partido ganador nada importante dijo. Una vez conocidos los resultados oficiales, Mons. Rivera, en su homilía del 20 de mayo (véase documentación), pidió al nuevo presidente, Duarte, que mantuviera sus promesas de no aceptar ni tolerar ninguna intervención, ni de Estados Unidos ni de la Unión Soviética, exhortó a conseguir ayuda para el desarrollo y no militar y a hacer valer el derecho de autodeterminación del pueblo. Recordó que la guerra salvadoreña no tiene justificación, y que los mandatarios deben servir al bien común. "En este momento el mayor servicio es el de humanizar la guerra, impedir que se profundice y buscarle una salida pacífica." Nada nuevo, pues, dijo Mons. Rivera ante la nueva conducción política del país, no mostró entusiasmo especial por las elecciones, una vez más exigió hechos y no promesas, y mantiene la expectativa de una solución política.

1.2. La posición de grupos eclesiales comprometidos

Con esta denominación nos referimos a aquellos grupos populares y a quienes con ellos trabajan, que han mantenido más viva la inspira-

La Iglesia desea que se superen las raíces de la guerra actual: la secular injusticia socio-económica y la represión propiciada por el ejército, los cuerpos de seguridad y los escuadrones de la muerte.

ción de Mons. Romero y su compromiso con la causa de liberación. Apoyan en su conjunto la postura de Mons. Rivera, pero se expresan con más radicalidad y menos cautelas sobre las elecciones.

1.2.1. Buen número de *agentes de pastoral* pueden denominarse como comprometidos. De la respuesta a una encuesta que se les pasó se desprende su visión hacia las elecciones, que presentamos sin cuantificarla exactamente, pues las respuestas son generalmente unánimes.

En conjunto no mostraron ningún interés ni por las elecciones, ni por los partidos ni por los candidatos. La inmensa mayoría afirmó que no irían a votar y que ningún candidato tenía capacidad para ser presidente. Muy minoritariamente expresaron alguna confianza en el PDC y en AD.

Las razones para esta actitud negativa ante las elecciones tiene tres causas. En primer lugar, la desconfianza ante la limpieza de las elecciones; unánimemente afirmaron no creer en la limpieza de éstas y casi unánimemente creían que hubo fraude en las de 1982. La mayoría piensa que la gestión del gobierno ha sido muy mala o mala, y para algunos mediocre; que ha empeorado o sigue igual la situación de los derechos humanos; que los resultados de la reforma agraria han sido muy malos o malos, para algunos regulares; que las declaraciones del COPREFA —uno de los índices para medir la veracidad de las manifestaciones oficiales— no son ni objetivas ni creíbles. En tercer lugar, porque prácticamente por unanimidad piensan que las elecciones no traerán la paz.

Como solución alternativa dan preferencia al diálogo. Unánimemente creen que no habrá solución sin radicales reformas estructurales y que se debe suprimir toda ayuda militar de Estados Unidos.

1.2.2. La posición de las *comunidades eclesiales de base* ubicadas en la periferia de San Salvador es sustancialmente como la anterior, pero algo más radicalizada. En lo fundamental (véase su comunicado en la sección de documentación) no creen en las elecciones porque no hay libertad real en el país y porque mientras se organizan las elecciones para pacificar el país Estados Unidos prepara una mayor guerra. Defienden abiertamente el diálogo, previamente a cualquier elección, que conduzca a un gobierno de amplia participación, único modo de comenzar a resolver el problema desde la raíz. Protestan además

explícitamente —pues mucha sangre les ha costado a ellos su fidelidad al Evangelio— por el uso y el abuso del nombre de Dios en la campaña electoral, mientras los hechos muestran que se ignora lo que el Evangelio dice sobre el comportamiento de políticos y gobernantes.

Estas comunidades simpatizan mucho más con el FDR-FMLN que con su contrario, aunque en un proceso de maduración han aprendido a relacionar mejor fe y compromiso político, insistiendo en la identidad evangélica y eclesial. Creen que sólo habrá solución en el país con una fuerte participación en el poder del FDR-FMLN. Por ello, se preguntaban antes de la primera vuelta si debían ir a votar o no, para manifestar su descontento con cualquier otro partido, y deseaban por ello que Mons. Rivera se hubiese pronunciado sobre la legitimidad —en estas circunstancias concretas— de no ir a votar. Ante la segunda vuelta cambió esta problemática por la alternativa concreta que se ofrecía: o no ir a votar o votar por el PDC para impedir el triunfo de ARENA y facilitar un futuro diálogo.

1.2.3. Los *refugiados* que viven en los terrenos de la Iglesia comparten y radicalizan las posturas anteriores debido sobre todo a su propia realidad como refugiados. Ellos son, antes que posibles agentes sociales con capacidad de influir en la sociedad a través del voto, claras víctimas de la situación. Esta les ha afectado muy directa y gravemente, al punto de tener que buscar refugio para salvar la vida, y viven ahora en medio de penalidades sin cuento. Para ellos es, pues, claro y evidente que la situación del país ha empeorado y que se necesita una solución muy urgente. A partir de la información detallada obtenida en uno de los refugios puede colegirse su postura ante las elecciones.

En primer lugar no creen en las elecciones, ni en los partidos, ni en los candidatos, porque en principio no creen en nada que venga propiciado “oficialmente.” Afirmaron que no irían a votar, como no fueron en 1982, por convicción, por indocumentación en muchos casos y por miedo a abandonar los refugios y presentarse ante algún organismo oficial. No creían en la limpieza de las elecciones y, lo que más les afecta, que fuesen capaces de traer la paz y la normalización a la vida del país y la posibilidad de volver a sus lugares de origen.

En los mismos refugios, a través de las noticias de radio y de reuniones de reflexión, han conocido y analizado la gestión del pasado gobier-

no. Para ellos no hay duda de que ha sido muy mala; pero además no lo sienten como 'su' gobierno —bueno o malo— porque en nada sienten que se haya preocupado por ellos como refugiados. Consideran que la situación de los derechos humanos ha empeorado, pues ellos son prueba de ello para sí mismos: han perdido el derecho a su casa y trabajo, cuando no la vida, lo cual afecta sobre todo a mujeres y niños; el flujo constante de refugiados les recuerda esa elemental verdad. Sobre la asamblea constituyente, cuyas sesiones han seguido por radio, se preguntan "cómo no les da vergüenza no hacer nada, pelearse y ganar tanto dinero." A las informaciones del COPREFA no dan ninguna credibilidad, pues ellos mismos han estado implicados en ocasiones en los acontecimientos que describe COPREFA; sobre sus comunicados dicen que "son leyendas de las malas."

El problema fundamental sigue siendo la guerra y la muerte, lo que repiten espontánea-



mente como lo que les afecta directamente. La raíz de la guerra la ven en la injusticia social, lo que repiten con convicción y como lo que han llegado a descubrir y formular después de haberlo padecido durante años sin saber por qué. Lo que desean fervientemente es la paz, que su vida pueda volver a normalizarse. Para ello juzgan como algo evidente que se debe suprimir toda ayuda militar de Estados Unidos, los aviones, bombas y municiones, que han matado a sus familiares y entre los que han huido. Conocen en rasgos generales la oferta de negociación del FDR-FMLN, la creen sincera y eficaz para alcanzar la paz.

Las elecciones, en conjunto, les han producido gran miedo y hasta pavor. Les afligen instintivamente, aunque sus explicaciones parezcan poco racionales: miedo a que les puedan hacer algo a ellos, a una invasión, a que gane la ultraderecha y tome venganza. Ese miedo aparentemente irracional, pero comprensible, se debe en el fondo a que en los últimos años cualquier proceso y cambio político propiciado oficialmente ha redundado en su contra.

1.3. La posición del semanario arquidiocesano **ORIENTACION**

La mayoría de los otros grupos eclesiales no se ha manifestado públicamente ante las elecciones ni parece que su conciencia eclesial haya determinado su posición ante ellas. Si lo ha hecho, sin embargo, el semanario *Orientación*. Tomado el semanario en su totalidad, ofrece con cierto eclecticismo una visión de lo que sucede en el país, pero sin una clara línea política. Sus editoriales, sin embargo, sí tienen una clara línea política. Por lo que toca a las elecciones, las ha defendido claramente como la solución, ha apoyado claramente al PDC, ha fustigado inmisericordemente y sin demasiado análisis al FDR-FMLN y ha rechazado la negociación. Su postura ante las elecciones es, pues, la del PDC y la de Estados Unidos, aunque ocasionalmente ataque a éstos en nombre del patriotismo.

Los editoriales de *Orientación* reconocen los muchos males del país, pasados y presentes, la injusticia secular, la represión, etc., pero la expresión fundamental de esos males, si no la causa, es un sistema que en el pasado ha llevado al gobierno a personas incompetentes y malvadas. "Un equipo formado por miembros del partido oficial y del ejército escogía al futuro presidente, que tenía ya el triunfo asegurado con el apoyo de la

La verdad más fundamental del país se descubre observando cómo va la guerra y no cómo van las elecciones.

Fuerza Armada, del capital, de los medios de comunicación social y de todo el aparato del estado" (5.2.84). El mal del país ha estado en que el pueblo no ha elegido realmente a sus gobernantes por las razones citadas y también por desidia, miedo o poca preparación del mismo pueblo.

La solución para el país siguen siendo, sin embargo, las elecciones, pues unas elecciones limpias y puras constituyen al pueblo en artífice de su propio destino (5.2.84). La solución para el presente está en que el pueblo elija y elija bien; lo que significa que no vote por el PCN, antiguo partido oficialista causa de los problemas actuales, y que no vote por ARENA, partido que representa los intereses más egoístas del país. El candidato por el que debe votar el pueblo debe ser profesionalmente capaz y con sensibilidad social; debe formar un gobierno que promueva la justicia social, que no se burle de la reforma agraria, que respete la libertad y que no viole los derechos humanos (18 y 25.3.84). Por exclusión ese candidato es Duarte, lo cual ya sabían los lectores, pues el editorial de *Orientación* se identificó explícitamente con el PDC en las elecciones de 1982.

Del FDR-FMLN dice que son perversos; "El FMLN y todos sus primeros hermanos no asesinan más salvadoreños *no porque no quieran sino porque no pueden*. Son tan feroces e inhumanos como los 'escuadrones de la muerte' y como algunos miembros de los cuerpos de seguridad. Los ateos comunistas y los 'cristianos' de los escuadrones de la muerte llevan dentro de sí la misma fuerza terrible que los impulsa a ser como son: la misma dosis de odio, el mismo menosprecio al hombre y la misma convicción de que el fin justifica los medios. Por un principio lógico: las mismas causas producen los mismos efectos" (19.2.84). Son además hábiles y engañadores: "Los comunistas hablan nuestro lenguaje democrático... Es entonces cuando surgen los manifiestos y los Comités de Solidaridad y las denuncias de Amnistía Internacional y de Derechos Humanos, la solidaridad de los partidos políticos y de los gobiernos y las colectas en las Iglesias y agrupaciones ad hoc" (19.2.84). En el editorial posterior a las elecciones del 6 de mayo hace una grotesca presentación de Guillermo Ungo, acusándolo y responsabilizándolo unilateralmente de la guerra (12.5.84).

Con esta visión del FDR-FMLN, el diálogo sólo puede ser una trampa y es inaceptable. La solución, aun con el riesgo de que el pueblo elija mal, son las elecciones. El resultado de las presentes elecciones parece ser la solución, aunque el PDC ya dio muestras durante 1980-1982 de lo limitado de su poder, de su pobre gestión y de su tremenda responsabilidad en la represión.

La posición de los editoriales de *Orientación* es, pues, clara. La evaluación de esa posición desde un punto de vista político se desprende de los otros artículos que aparecen en este número. Desde el punto de vista eclesial se debe decir que esta posición no es la de Mons. Rivera, sino que en los presupuestos fundamentales y en la forma de pensar la solución para el país le es prácticamente contraria, todo lo cual no deja de extrañar en un semanario de la arquidiócesis.

2. El influjo de la Iglesia sobre las elecciones y sus resultados

Expuestas las posiciones de los diversos grupos eclesiales, hay que preguntarse por su influjo en la valoración global de las elecciones por parte del pueblo salvadoreño, en su decisión de ir o no a votar y en el resultado de las elecciones. Se trata de determinar si las posiciones eclesiales han sido condicionamientos importantes, como los analizados en otros artículos. La respuesta, en su conjunto, es que no lo han sido.

2.1. La postura de la *Iglesia jerárquica* ni ha influido en las elecciones ni lo ha pretendido. La Iglesia se ha reducido a dar doctrina genérica y marginal sobre las elecciones. Si realmente hubiese querido influir en ellas, hubiese tenido que hacer una mayor campaña y hubiese tenido que movilizar mucho más a la base católica. En presencia de la millonaria campaña propagandística del gobierno, la Fuerza Armada, el Consejo Central de Elecciones y los partidos políticos, su voz ha sido sumamente suave. Incluso lo que ha dicho sobre las elecciones ha pasado —con excepción de algunos grupos interesados— desapercibido para la mayoría de los salvadoreños; sus medios de comunicación, YSAX y *Orientación*, no son plataformas que generan hoy conciencia colectiva.

Además, lo que ha dicho sobre las elecciones (o sobre el diálogo) es excesivamente genérico,

basado en principios generales y acompañado a veces de algún comentario de tipo profético. Pero no ha abordado las elecciones de forma concreta y analítica —como se hizo, por ejemplo, en la carta pastoral de Mons. Romero y Mons. Rivera sobre las organizaciones populares y la violencia—, de forma que su posición pudiera causar impacto social y apelar —por su normatividad— a la conciencia de los religiosos y religiosas, de los colegios católicos, de modo que no se ha intentado aprovechar a esas plataformas multiplicadoras para transmitir la posición de la Iglesia.

Sobre los partidos políticos la Iglesia ha procurado mantener una estricta neutralidad, aunque en la homilía del 25 de marzo Mons. Gregorio Rosa se preguntaba retóricamente si la solución para el país será “la solución de la guerrilla” o “una nueva dictadura de derechas,” con lo cual mostraba el deseo de que no ganase ARENA, respondiendo también a la preocupación de la nunciatura por aquellos días sobre un posible triunfo de ARENA y a su sorpresa de que la Iglesia no se movilizara más para impedirlo. Mons. Rivera buscó cuidadosamente que la Iglesia se mostrase públicamente neutral, pidiendo a todos los sacerdotes y colaboradores de la pastoral “que eviten parcializarse en la contienda electoral” y, a la inversa, pidiendo a los partidos políticos que no instrumentalizasen los símbolos y servicios religiosos en su favor (12.2.84). Esto no quiere decir, por supuesto, que la Iglesia no tuviese sus preferencias entre los partidos políticos en contienda; pero ha procurado no expresarlas. Que la posición eclesial no ha sido un factor importante en las elecciones se deduce del hecho de que no es mencionada en las diversas encuestas como lo que motivara a ir o no a votar, a votar por uno u otro partido; y se deduce también, como contraprueba, de que ningún partido político, ni siquiera ARENA, tan proclives a denunciar injerencias espúreas de diversa procedencia, haya acusado a la Iglesia de ello. La Iglesia, pues, ni ha sido ni ha pretendido ser un factor importante condicionante de las elecciones. El por qué de esa actitud lo analizaremos después.

2.2. Pudiera preguntarse, sin embargo, si *lo religioso*, diferenciándolo ahora de lo eclesial, ha tenido algún influjo significativo en las elecciones. En nuestra opinión tampoco ha sido así. Cierto es que en el país existe una relación entre lo religioso y lo político, que esa relación es más o menos fluida y que lo religioso pudiera haber

actuado en el transcurso de algunas actitudes. Pudiera ser, por ejemplo, que el enraizamiento religioso del PDC en la visión de la sociedad propuesta por la doctrina social de la Iglesia —lo cual era mucho más claro en sus orígenes, y los demócrata cristianos que lo propugnaron han abandonado mayoritariamente el partido— hubiese estado influyendo en la votación. Puede ser que el anticomunismo a ultranza de ARENA, que incluye la lucha contra el ateísmo y la defensa del teísmo, hubiera influido también. Pero creemos que lo religioso ha estado actuando —si es que ha actuado— más en el transcurso de la conciencia que de forma explícita. Es decir, no se ha elegido a un partido por razones explícitamente religiosas ni porque la coherencia entre lo religioso y lo político de un partido haya favorecido y motivado a votar por un determinado proyecto político.

Por lo que toca a los editoriales de *Orientación*, aun siendo un semanario de la Iglesia, su influjo —si lo ha tenido— tampoco ha sido a través de lo religioso, pues no ha ofrecido un mínimo análisis teológico que mostrase la congruencia entre su opción política y la fe cristiana.

Donde más ha influido lo religioso ha sido en el sector que hemos denominado “comprometido,” pues en él —por su origen y desarrollo— se da una mayor articulación entre lo político y la fe cristiana, y se ha acostumbrado a juzgar cualquier coyuntura política —elecciones, negociación, guerra, intervención, etc.— también desde su conciencia religiosa; y no sólo apelando a declaraciones eclesiales, sino a las raíces de su fe: el Evangelio y los signos de los tiempos.

2.3. Lo religioso sí ha sido usado y mal usado por los propugnadores de las elecciones y los partidos políticos, pero de forma bien precisa, positiva y negativamente. Positivamente lo religioso ha sido usado como telón de fondo para mostrar que las elecciones en su conjunto son parte del mundo democrático; occidental y cristiano; del mundo de Dios. De ahí las frecuentes menciones del nombre de Dios desde los discursos de Reagan y Magaña, hasta las declaraciones de la Fuerza Armada y de los partidos políticos. Lo que positivamente se ha pretendido es mostrar que las elecciones ofrecen una alternativa religiosa, creyente, frente al ateísmo, real o supuesto del FDR-FMLN.

Negativamente lo religioso ha sido usado para cumplir un requisito mínimo, pero necesari-

rio. En un país mayoritariamente cristiano, cualquier candidato debe presentarse como "cristiano," requisito no suficiente, por supuesto, pero sí necesario. De ahí que en la campaña hayan estado presentes los símbolos religiosos; en los discursos se haya invocado a Dios, se haya pedido su bendición y se haya apelado a su providencia, como puede verse en el artículo sobre la campaña electoral. A los candidatos se les ha procurado presentar —más allá de su religiosidad personal— como hombres religiosos; Duarte mismo fue presentado participando en la semana santa de Sonsonate.

Pero los partidos tampoco han hecho un esfuerzo por mostrar en concreto cómo sus ideas y proyectos políticos responden a una visión religiosa. No es que deba esperarse una explicitación "teológica" de tales políticas; pero sí un mínimo de articulación entre lo político y lo religioso si de hecho apelan también a lo religioso. Ejemplo importante ha sido la presentación de Duarte con Juan Pablo II y el silencio sobre lo que Juan Pablo II ha dicho sobre El Salvador. Lo religioso ha supuesto entonces un requisito que cumplir, pero no elemento positivo de las campañas.

El uso de lo religioso se ha convertido en abuso y mal uso. Quizás el ejemplo más clamoroso ha sido la utilización del asesinato de Mons. Romero —supremo símbolo religioso en el país— por razones puramente políticas. Poder acusar a un adversario político del asesinato de Mons. Romero es sin duda una poderosa arma política. Así lo hizo ya el PDC en 1982 contra ARENA, pero entonces lo hizo tímidamente. Ahora la acusación ha sido clara y explícita. La respuesta de ARENA fue necesaria, pero no convincente y a la postre fraudulenta. Pero más allá de la veracidad de la acusación y de la defensa, lo importante es notar la crasa manipulación de Mons. Romero para fines únicamente políticos; pues, en primer lugar, el PDC estaba en la junta de gobierno cuando se cometió el asesinato y nada dijo entonces sobre los presuntos asesinos teniendo sustancialmente la misma información que ahora. Y en segundo lugar, porque lo llamativo del asesinato de Mons. Romero no fue su asesinato —pues desgraciadamente ha habido más de 50.000— sino el que fuese de Mons. Ro-

mero. Si tanto interés hay en esclarecer ese asesinato por la importancia de su persona, algún interés debiera haber por la persona concreta. Y sobre lo concreto de Mons. Romero, su doctrina, su visión del país, sus soluciones propuestas, ningún interés público ha demostrado el partido que se interesa en esclarecer su asesinato.

Lo religioso, pues, ha sido usado y mal usado por los partidos; pero tampoco parece que haya sido un elemento importante para conseguir votos.

3. La reacción previsible de la Iglesia después de las elecciones

La razón para hacernos finalmente esta pregunta no es la de satisfacer la normal curiosidad sobre la futura acción de la Iglesia, sino que la pregunta se impone por necesidad de todo lo dicho anteriormente. Si la Iglesia, por su parte, ha mostrado interés real en la situación del país y su solución y si, por otra, no ha mostrado especial interés en las elecciones, esto tiene que deberse a una finalidad bien precisa. En nuestra opinión, la Iglesia se ha reservado para poder mediar más activamente en el diálogo.

Esto depende naturalmente en buena parte de los resultados de las elecciones. En conjunto, el triunfo del PDC ofrece mayores posibilidades iniciales para la actividad mediadora de la Iglesia; como así lo esperaba también Mons. Rivera en 1982, aunque entonces sus expectativas resultarían fallidas. Pero hay que distinguir bien las dos finalidades que la Iglesia persigue con el diálogo y sus posibilidades de mediación en ambas.

La Iglesia entiende por diálogo, en primer lugar, un modo de humanizar el conflicto, la posibilidad de que la relación entre ambos bandos en pugna no sea sólo militar. De hecho, la Iglesia ya ha trabajado por ello; y hasta el momento el ejemplo más importante de mediación ha sido el canje de prisioneros de la Fuerza Armada y del FMLN, con la activa y decisiva participación de Mons. Rivera y Mons. Staehle, obispo auxiliar de Quito y presidente de Adveniat. A esta mediación han precedido otras menos espectaculares, como la ayuda para que los presos políticos

La postura de la jerarquía ni ha influido en las elecciones ni lo ha pretendido. Los obispos se han reducido a dar doctrina genérica y marginal sobre ellas únicamente.

La Iglesia se ha reservado para poder mediar más activamente en el diálogo. La Iglesia entiende por diálogo un modo de humanizar el conflicto.

amnistiados pudieran salir del país etc., y pueden seguir otras importantes, como serían nuevos canjes de prisioneros, buscar lugares neutrales para refugiados y reubicados, garantizar mejor los derechos de la población civil, de los heridos, de los presos políticos, etc.

Más compleja es la posibilidad del diálogo como solución política y más inciertas las posibilidades de mediación de la Iglesia a ese nivel del diálogo. La Iglesia ya ha intentado trabajar por el diálogo en ese sentido, como lo muestra el que fuese Mons. Rivera y otro obispo quienes entregaron en 1982 al gobierno, a la Fuerza Armada y a la asamblea constituyente la primera oferta seria de negociación del FDR-FMLN. Y según cables internacionales, se estaría pensando en la constitución de una comisión de paz eclesial, que sustituiría a la gubernamental, con la participación de dos obispos salvadoreños, uno del área centroamericana y otro del CELAM. Esto mostraría la decisión de la Iglesia de convertirse en mediadora más activa.

Esta deseada mediación de la Iglesia en un diálogo y negociación que llevase a la solución del conflicto le presenta a la Iglesia un problema y una tarea. El problema fundamental consiste, por supuesto, en si ese diálogo es una posibilidad real, si es algo deseado y permitido por Estados Unidos. El problema más sutil para la Iglesia es saber ubicarse en la nueva situación política, en la cual se seguirá hablando de diálogo, y juzgar si el tipo de diálogo propuesto es adecuado como solución. En otras palabras, si la Iglesia mantiene su postura consecuente sobre la necesidad del diálogo como solución o si se deja cooptar por los "diálogos" que ofrezcan Estados Unidos y el nuevo gobierno, para que no haya el "diálogo" necesario. Esto significa que no bastará repetir genéricamente la tesis del diálogo, sino que es necesario un constante análisis político de la coyuntura para desde ahí discernir. A este propósito parecen excesivamente optimista las declaraciones de Mons. Revelo. Según el *Washington Times* del 11 de abril de 1984 el obispo dijo, "creo que después de las elecciones se abrirá un nuevo camino más seguro en donde podremos alcanzar un acuerdo," lo cual refuerza también con la nueva actividad de la guerrilla, pues "ba-

sado en las relaciones que yo he tenido con la guerrilla", está convencida de que "ha llegado la hora de cambiar sus métodos." El problema fundamental para la Iglesia estará, pues, en discernir si a través del lenguaje del diálogo se sigue buscando una solución verdaderamente negociada o una solución militar.

Las dificultades en su tarea mediadora no eximen a la Iglesia, sin embargo, de la tarea de propiciar el diálogo y de propiciarlo con más empeño. A ello le obligan ciertas posibilidades históricas que tienen en sí misma y, en cualquier caso, el ideal utópico que forma parte de su esencia. A la Iglesia le será más fácil participar en un diálogo humanizador de la guerra que en un diálogo que termine con ella; pero en ambos campos debe trabajar.

Para ello cuenta ya con un cierto poder de mediación que se acrecentará con el decidido respaldo de otras iglesias, como la de Estados Unidos, Canadá y Alemania, y otras que se sumasen. Todo ello pudiera suponer una considerable presión sobre la opinión pública y, en último término, sobre el gobierno de Estados Unidos. Cuenta también con el respaldo del FDR-FMLN ciertamente, en lo que toca al diálogo para humanizar la guerra, y por las muestra que ha dado hasta ahora, por lo que toca a la negociación política. De hecho, ha podido llegar también al gobierno y las fuerzas armadas salvadoreñas para solucionar algunos problemas, y ese acceso podría ser facilitado por el nuevo gobierno.

Lo que todavía no ha hecho la Iglesia salvadoreña es poner al servicio del diálogo el potencial eclesial interno. Su repetida "doctrina" sobre el diálogo no ha movilizó a la masa social de la Iglesia, no se ha convertido en praxis, por la excepción de los grupos comprometidos, los cuales con expectativas más radicales en algunos casos, lo han apoyado. Si la Iglesia moviliza a los salvadoreños en la línea del diálogo —y tiene capacidad para ello— su poder mediador aumentará.

Que su labor mediadora tenga éxito, no depende de ella por supuesto, y la Iglesia es bien consciente de ello. Pero trabajando por el diálogo puede conseguir algunos bienes concretos,

puede introducir en la conciencia colectiva la necesidad y posibilidad de reconciliaciones parciales. Por otra parte, ese buscado diálogo no debe moverla a abandonar la profecía —y la profecía específica contra diálogos falsos— ni a olvidar que en último término la solución para el país está en la instauración real de la justicia para las mayorías populares, lo cual pudiera ser suavizado por la urgencia de finalizar la guerra y por la neutralidad política exigida de una Iglesia que quiere ser mediadora.

Este reservarse para la mediación parece ser lo que explica la postura de la Iglesia sobre las elecciones. Con ello es consecuente con que lo sabe y quiere, como decíamos al principio: la humanización y finalización del conflicto. Y muestra también lo que no sabe con claridad: cuál deba ser un proyecto adecuado para el país. El diálogo le permite acompañar cristianamente la coyuntura y suspender por ahora el juicio concreto sobre lo estructural. En cualquier caso se preve que la Iglesia seguirá apoyando la línea del diálogo. Dentro del país es la única institución con suficiente poder y credibilidad para realizarlo.

NOTAS

1. En la actualidad, tras el retiro de Mons. Aparicio de la conferencia episcopal, sólo Mons. Alvarez, obispo castrense y coronel del ejército, representa una postura antagónica a la de Mons. Rivera, pero no tiene influjo dentro de la conferencia.
2. Mons. Rivera ha evitado cuidadosamente pronunciarse directa y públicamente sobre la política de Estados Unidos hacia El Salvador, aunque ha criticado las injerencias foráneas y, obviamente, la de Estados Unidos. Sin embargo, muy recientemente, el 17 de febrero de este año, *The National Catholic Reporter*, publicó una carta de Mons. Rivera al vicepresidente George Bush después de la entrevista mantenida con él y con William Clark el 6 de abril de 1981. Aunque los tres años de distancia no permiten sacar conclusiones claras sobre la actual postura de Mons. Rivera hacia la política actual de Estados Unidos, los siguientes párrafos son iluminadores: "El suministro de ayuda militar en este momento de la historia de nuestro país simplemente refuerza a los militares y aumenta su actitud de "triumfalismo," tal como se lo describí. En consecuencia, estoy opuesto a toda ayuda militar a la junta, la ayuda no resolverá nuestro problema de fondo. La relación norteamericana con los militares deberá ser política: presionarlos al diálogo." "A la luz de mi conversación estoy convencido de que la administración no comprende la composición y naturaleza de la junta. Más específicamente, creo que usted subestima el poder y la resistencia de los militares de la derecha a un cambio político real, el cual implica algún tipo de diálogo político que —estoy convencido— es el único camino hacia la paz en nuestro país."